

to, yo debía haberme declarado, ¡qué hermosa es! es el ídolo de mi alma! ¡Rosa! ¡Rosa!

A fuerza de pensar en la joven, el estudiante fué vencido por el sueño, su cabeza se inclinó y con la barba estrujó los cuellos almidonados de la camisa, descargó el brazo sobre la mesa que tenía un cabo de sebo, que se imprimió en el frac ajeno, y á las seis de la mañana se despertó sobresaltado creyendo oír las diez en todos los relojes de la ciudad.



### CAPITULO III.

DE COMO ES UNA VERDAD DE A FOLIO EL REFRAN ANTIGUO  
DE QUE LA SOGA SE REVIENTA POR LO MAS  
DELGADO.

#### I.

El 21 de Julio de 861 la cámara de representantes se erigía en "Gran Jurado" para determinar sobre la causa formada contra Payno, ministro del presidente Comonfort.

El héroe de Ayutla á quien el voto de la nación había elevado á la suprema magistratura, paró el movimiento progresivo de la revolución reformista y su torrente lo arrastró como una hoja en el impetu del océano.

El ministro Payno, con esa capacidad que ha hecho de su cerebro un faro de luz perenne, cedió á la condición humana y aceptó el más funesto de los errores; quiso como Josué detener la marcha del sol, y se encontró perdido en las tinieblas de una densa noche. Estar en el esplendor de la grandeza, contar con la voluntad de un pueblo, con ejército leal y con el espíritu del siglo para llevar adelante las ideas iniciadas por la revolución, ese pensamiento que ha atravesado medio siglo de sangre y de vicisitudes para entronizarse y quererlo ahogar la misma mano á quien se había confiado, era una demencia del espíritu humano.

Comonfort y los que le acompañaban abdicaron de esa fuerza de voluntad salvadora de la revolución, y dieron el "Golpe de Estado" que se registra en la página sombría del 17 de Diciembre de 1857.

## II.

Tres años de luto y de sangre responden á ese acto injustificable. La reacción conservadora caía otra vez á los piés de la reforma, y los hombres de 57 comparecían ante el jurado nacional á responder los cargos formulados por los hombres de la revolución.

Comonfort, que había permanecido en el extranjero, llegaba á las fronteras en aquellos mismos momentos en que se juzgaba á su ministro de Estado y venía á pedir una tumba á su patria; estaba en su derecho.

Dos de los acusados habían sido absueltos y Payno debía contar con este antecedente para su porvenir en la cámara; porque todos los fautores del Golpe de Estado estaban en un mismo grado de culpabilidad.

## III.

El lector conoce ya la cámara de diputados.

Desde las diez de la mañana, la gente se había agolpado á las galerías, porque el negocio metía bulla en las regiones populares. La misma hilaridad que domina en los teatros antes de comenzar el espectáculo, discurría en el público asistente al gran jurado. Mondoñedo, con su inseparable amigo Felipe Cuevas y otros estudiantes, se habían apoderado de un palco donde estaba un militar inválido último resto de los veteranos de 1810. Los estudiantes la tomaran con el viejo, que era nervioso y exaltado como un demonio. Llamábase el veterano Don Fernando Torre-Mellada, y era coronel jubilado. Felipe Cuevas, que era amigo de contar historias, recordaba á propósito del Jurado de Payno, el "Golpe de Estado" de Iturbide, y estaba ya á punto de decir que había sido testigo presencial á pesar de no tener más que veintiocho años cuando Torre-Mellada pegó un muletazo contra la barandilla.

—¡Cuerno de Lucifer! gritó con voz aguardentosa, no hay que tocarme al emperador, porque echo á uno de estos estudiantes al salón de los diputados.

—No se exalte usted, caballero, dijo Cuevas creyendo á puño cerrado las amenazas del soldadón; se trata de un punto histórico.

—¡Pues para historias estamos! repuso el inválido, digan cuanto les diere la gana, menos que Iturbide hizo mal

en echar á ese congreso de habladores como Roca-Fuerte y Fagoaga; lo digo y lo sostengo donde quieran: aquellos diputadillos no valían un camino donde estaba la espada cortante del emperador.

—No me parece muy exacto lo que usted dice, señor coronel, dijo Mondoñedo. S. M. tenía un hijo punto menos que fenómeno.

—Qué salida!

—Déjeme usted concluir.

—Siga usted.

—Como los golpes de Estado son una especie de fenómenos, ahí tiene usted la razón por qué Iturbide dió á luz al segundo monstruo.

—¡Sí se querrá usted burlar! sepa usted, amiguito, que no tolero bromitas y le abro la fé del bautismo con la muleta.

—Orden, señores, dijo Felipe Cuevas, no demos un escándalo.

—Qué más escándalo, gritaba el veterano, que juzgar al Señor Payno; cuando era ministro de hacienda los pensionistas estábamos pagados y ahora con ese señor poeta que han enbaulado al ministerio, estamos á ración de hambre.

—¿Por qué no dijo usted eso antes? dijo muy serio Mondoñedo: vamos, estreche usted esos cinco.

—Bien, hagamos las paces, pero al que hable una palabra lo estrangulo.

—Puede ser que este viejo tenga alguna hija bonita, es necesario respetarlo, dijo por lo bajo uno de los estudiantes.

—Pues señor Torre-Mellada, en la calle de la Merced número 24 tiene usted su "casa"

—Me alegro, contestó el veterano, en la mía nadie pone los piés, yo tengo niñas á quien cuidar.

—Lo dicho, tiene niñas, murmuró Felipe.

—Luego que salga, nos pondremos en acecho; el viejo tiene buena cara, puede que las chicas sean regularcillas.

## IV.

En otro de los palcos había dos viudas, pensionistas del erario.

—Niña, decía una de ellas, el señor Payno es muy joven.

—Sí, es muy niño para dar esos "golpes" tan fuertes.

—Yo, insistía la primera, quiero que lo absuelvan, porque hace unos versos muy bonitos.

- Sobre todo, su “Fistol del Diablo.”
- Yo no quiero que castiguen á los literatos, nos quedamos sin distracción.
- ¿Y qué tenemos de nuevo?
- ¡Nada! ese maldito gallego me da una vida infernal, no me he casado por no perder la pensión.
- Ese señor Mondoñedo me parece un infernal dragón.
- Hace muchos años que se le ha extraviado un hijo y todos los días lo recuerda con desesperación, ha dado en tomar conac, y cuando se ataranta, ha llegado hasta ponerse encima la mano.
- (Y la tiene muy fuerte.)
- Pues ha tenido usted desgracia, porque su primer marido observaba la misma conducta.
- El gallego tiene mucho dinero, recibe mensualmente de España una cantidad.
- ¿Y no sabe usted quién se la envía?
- Es un secreto que no ha querido revelarme, quema las cartas en acabando de leerlas, y no he podido husmear nada.
- Pues yo paso una vida muy tranquila: de mi casa á la tesorería, el día de quincena hago fiestas reales, doy un convite y bailamos, tengo visitas muy particulares: entre ellas un joven elegante, fino, caballeroso, que se llama Don Fernando Moncado, es uno de los hijos del conde del Jaral.
- Será muy rico.
- Riquísimo y disipado como el solo.
- ¿Y cómo hizo usted las amistades?
- Vivo enfrente de la casa de una joven novia de Don Fernando, pasaba todos los días, me saludaba, una vez se puso á platicarme, le ofrecí la casa, y desde entonces somos buenos amigos.
- ¿Todavía vive usted en Regina?
- Sí, allí estoy para servir á usted.
- Mil gracias.

## V.

En uno de los palcos adyacentes al de las pensionistas había tres jóvenes elegantes de esa sociedad calavera y disipada de México. Se ocupaban en hablar de todos los diputados y de las personas conocidas de las galerías.

—Allí está Mondoñedo en gran conversación, decía uno de los jóvenes.

—¿Y no te ha contado la aventura á que asistió con el frac que le prestaste?

- Ha guardado una reserva profunda.
- Algo guarda ese diablillo.
- ¡Demonio! y el viejo Torre-Mellada está en el mismo palco.
- No es malo que se divierta el veterano, ya que va á llevar un susto de primer orden.
- Siempre esta noche, seguramente, todo lo tenemos dispuesto, el plan no puede ser más bien combinado.
- La chica merece la pena, Fernando es un hombre irresistible.
- Como que acompaña á su figura la piedra filosofal.
- Tiene mucho dinero.
- Lo podemos decir nosotros que somos sus inseparables.
- Es necesario reservar algo para la seca.
- ¡Holal! doña Juliana y su amiga la comandanta.
- Son abonados á la galería.
- Parece que Fernando protege mucho á doña Juliana.
- Como que en su casa ha dispuesto las baterías para tomar la casa del sacristán de Regina.
- ¡Que muchacha tan linda!
- ¿Quién, el sacristán?
- No, hombre, su hija.
- Ya.
- Parece que está completo el número de los diputados, va á comenzar el jurado.
- Me parece que Payno va á salir mal.
- Ese hombre siempre está bien.
- Mientras que Comonfort llega á la frontera, como dicen los periódicos, sin meter ruido con los acicates, su infeliz ministro carga con la responsabilidad del “golpe de Estado.”
- ¿Y los otros comprometidos?
- Todos han tomado las aguas del bautismo revolucionario.
- No está mal pensado.
- Comienza el relato de la causa, oigamos.

## VI

El congreso se erigió en gran jurado y los secretarios dieron lectura á la acusación y á los descargos del reo.

Terminados los documentos, entre los que figuraban una carta de Payno á los gobernadores invitándoles á un movimiento que diera por resultado la muerte del pacto constitucional, y la confesión explícita y terminante del ministro de Comonfort, su defensor, el licenciado Parada, pronunció un

discurso terminando con las palabras del orador romano: "Conservad para la República al hombre."

Payno subió á la tribuna. Un silencio profundo y solemne reinaba en la asamblea y en las galerías. Aquel hombre se presentaba con valor y respeto ante sus jueces. Iba á pedir "olvido y absolución para su error."

No era el político que va lleno de subterfugios ante los tribunales, á declinar la responsabilidad en sus cómplices ni á llamarse á engaño. Payno es hombre de capacidad y aceptó la situación en aquellos terribles momentos. Irguióse en la tribuna, tcmó una entonación solemne y conmovedora y explicó su conducta en estas palabras que la mano del destino había escrito en su conciencia la memorable noche del 16 al 17 de Diciembre de 857.

"El Golpe de Estado" es, en resumen, el miedo á la sangre y la duda que los hombres de 857 tuvieron de la obra atrevida de la juventud indomable, que realizó el partido "puro" de 1860.

Los hombres de 1857 quedamos atras espantados del camino de muerte y de combates que iban á recorrer los hombres de 1861.

Entre estos dos períodos cortos hay sin embargo una distancia infinita. Son dos generaciones distintas, la una vencida ó confundida en el olvido por su vacilación, y la otra triunfante y con el porvenir y los destinos de la patria en sus manos."

Concluyó su defensa encomendando su porvenir y el de sus hijos á la clemencia del gran jurado.

## VII.

Se abrió el debate.

Altamirano tomó la palabra y comenzó á lanzar rayos terribles sobre el acusado, formuló cargos, hizo una reseña de los acontecimientos y dijo con voz atronadora, que el cráneo del ministro hacía tiempo que debía estarse emblanqueciendo en una piccta.

La tormenta estaba iniciada.

Diputados y auditorio se detuvieron en bandos y los aplausos y las interrupciones se pusieron á la orden del día.

Suárez Navarro dice que ro "está clasificado el delito," que no hay pruebas suficientes. Otro diputado habla del golpe de Estado de Napoleón, trae á cuento la muerte del peregrino Rossi, en 848, cuenta pasajes históricos y acaba diciendo que se cumpla con las promesas que trae la revolución

en sus estandartes. Murmuraron los partidarios de Payno, aplauden los contrarios y apenas se escucha la voz de Montellano que insiste en la idea de que no está clasificado el delito.

En medio de aquel huracán, Gamboa, con gritos desaforados se hace oír de la cámara, dice que la "chicana" no debe permitirse, que basta la confesión de Payno para sentenciarle; que sólo recuerda que el gabinete de 57 puso las bayonetas en el pecho á la representación nacional.

Montes, ministro de Comonfort, clama con voz sonora porque el señor Gamboa pruebe que "todo" el gabinete era cómplice, que de no hacerlo, se le tendría por un vil calumniador.

Aplausos y silbidos se oyen de las galerías.

El inválido Torre—Mellada es partidario de Payno y la estudiantina está contrametiendo una bulla horrible.

El diputado Arredondo desafía en plena cámara á los diputados de la derecha.

El orador concluye en medio de una tempestad de gritos.

El presidente manda leer el artículo del reglamento para conservar el orden.

Altamirano se opone diciendo que alguna vez se le permitía al pueblo "algo" de libertad.

Los aplausos se redoblan.

Se declara por la asamblea, el dictamen suficiente discutido.

Mateos y Riva Palacio formulan proposiciones para la concesión de la palabra,

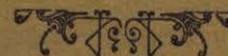
Las proposiciones son desechadas en medio de aquel huracán atronador.

Repentinamente, aquel mar irritado entró en calma, y el silencio discurrió en todo el recinto.

El dictámen se había sometido á votación.

Por 83 votos contra 22 fué declarado culpable Don Manuel Payno ministro del presidente Comonfort, por su participio en el golpe de Estado.

—Lo dicho, gritó el inválido, la sogá se revienta por lo más delgado!



## CAPITULO IV.

DE COMO LOS OJOS NEGROS DE UNA MUCHACHA PUEDEN  
OCASIONAR MAS ESTRAGOS QUE DOS BOMBAS DE  
CATORCE PULGADAS

## I.

No habían dado las nueve de la mañana, cuando el estudiante Mondoñedo ya rondaba las cuatro calles que encierran el templo de Regina.

No pasaba un solo transeunte con reloj, á quien el galán enamorado no le preguntase la hora.

Estaba, como suele decirse, dándole dos cuartos al pregonero. El tiempo caminaba con piés de plomo, y la péndola de los relojes se mecía con una idolencia desesperante.

Mondoñedo entró en la iglesia, leyó todos los retablos, los convites religiosos, oyó misa, platicó con el monaguillo, y sin embargo las diez no parecían.

El estudiante sintió un calorfrío terrible: sonaba en el campanario el primer toque de las diez. Mondoñedo se sacudió los botines, arregló los cuellos de la camisa, se repuso de la emoción y entró decidido en la casa de la señora de sus pensamientos. Subió temblando la escalera, puso la mano sobre la tosea puerta del corredor y dió un toquido tan suave que no fué escuchado.

Aventuró después de un minuto un segundo golpe.

La puerta giró sobre sus goznes y apareció en el dintel lo que menos aguardaba el galán.

El sacristán con su cara de vinagre.

El estudiante se quitó instintivamente el sombrero, hizo una caravana, balbutió algunas palabras y se quedó hecho un estúpido.

—Pase usted, dijo el sacristán, si es acaso Manuel Mondoñedo.

—Servidor de usted.

El sacristán dió la vuelta y el enamorado joven echó á andar tras él.

Entraron en una sala adornada con muebles antiguos de cedro con asiento de baqueta.

—Aguarde á que lo llamen, dijo el sacristán con voz de catarro y dejó plantado á Mondoñedo.

El estudiante no sabía que pensar de aquella aventura, estaba profundamente inquieto.

No oía nada, ni una voz, ni un rechinido de puerta; parecía que la casa estaba abandonada.

Derrepente la puerta vidriera que daba á las piezas que tenían balcones á la calle, se abrió.

—Pase usted, dijo una voz que hizo estremecer al estudiante.

Levantóse como tocado de un resorte y adelantó al aposento de donde había salido aquel acento del cielo.

Unas cortinas de encaje con goteras de seda carmisí velaban la luz que entraba por los cristales del balcón.

A la pared del fondo estaban dos estantes de nogal primorosamente tallados, el uno contenía libros de historia, el otro las novelas más distinguidas de Walter Scott, Víctor Hugo, Dumas y Fernández González.

Un bufete también de nogal, mediaba entre los libreros.

Había algunos papeles esparcidos en la carpeta, y periódicos europeos.

En lo alto de la pared y á igual distancia de los estantes estaba colgado un cuadro de ébano con una pintura al óleo magnífica.

Representaba á la Herodías con su semblante hermoso y terrible, llevando en una fuente de plata la cabeza lívida y ensangrentada de San Juan Bautista.

Aquel cuadro se destacaba sombrío en el fondo nácar y oro de los tapices.

El infeliz novio permanecía con la mirada vaga, en busca de la joven.

—Por aquí, dijo Rosa señalando una silla al estudiante.

Los muebles todos del aposento eran á la Luis XV, con asientos carmesíes.

## II.

Rosa llevaba una bata de cachemira atada á la cintura con un cordón de seda, que después de ceñir el talle, se descol-

gaba por el frente hasta el borde del vestido, rematando en dos borlas elegantísimas.

Una camisola de batista con un cuello encarrujado dejaba ver la torneada garganta de la joven.

Sus manos pálidas y sureadas de venas azuladas, jugaban con las borlas del peinador.

Mondoñedo, que había pasado la noche estudiando discursos, no encontró una palabra ni un monosílabo que decir á su adorada.

Magnetizado ante aquella mujer, como el pájaro delante de la serpiente, sólo se diferenciaba de una estatua en la respiración agitada de su pecho. La joven le había puesto encima la mirada, y el desgraciado estudiante dudaba hasta de su existencia.

—Caballero, dijo al fin la hada de aquel retrete, espero me repita usted las frases que ha estampado en ese papel.

Mondoñedo sintió helársele la sangre y paralizarse los latidos de su corazón.

—Hable usted, caballero, abandone ese retraimiento, que está usted en presencia de una persona que desea ser la mejor de sus amigas.

Un zumbido de oídos llevó el vértigo al cerebro del estudiante.

—¡Hum! murmuró, he sido muy atrevido en dirigirme á usted, pero.....en fin..... yo estaba.....yo soy..... Manuel Mondoñedo, un servidor de usted.

La joven se sonrió al ver la turbación del odolecente.

—Acérquese usted, le dijo con una voz argentina.

El infeliz colegial acercó media pu'gada su asiento al de la joven.

—Todavía más cerca, caballero.

Mondoñedo no se movió.

—Puesto que usted no quiere hablar, dijo Rosa.....

—No, no, ya voy me estoy reponiendo porque la impresión es tan fuerte, tan irresistible, que me siento morir ante usted.

—Seréne usted, que ya lo escucho.

—Yo he visto á usted en la iglesia, dijo haciéndose una gran violencia el estudiante, hace un mes que no sueño más que con usted, que la veo en todas partes, en la cátedra, en el anfiteatro, en el hospital.....

Rosa no pudo contener una sonrisa.

—Tal vez diga barbaridades, pero todo es cierto, absolutamente cierto. Muchas veces me he dicho: es tan hermosa y yo tan horribilmente feo, que no podrá amarme nunca, además soy tan pobre, porque usted ignora que yo soy huérfano, que no conozco á mis padres aunque sospecho que viven, que me mantiene la Providencia, y no me explico como se pasan los días, estudio sin cesar y me faltan dos años, dos años mor-

tales para ser médico, yo no quiero engañar á usted, entonces seré rico; porque dicen que tengo capacidad para la medicina; vea usted, yo trabajaré mucho desde hoy, yo no quiero mentir, esta ropa que traigo no es mía, me la ha prestado un amigo íntimo de un señor Don Fernando Moncada, nieto del Conde del Jaral.

Rosa se puso densamente lívida.

—¿Le sucede á usted algo señorita?

No, nada, esa franqueza con que usted me habla me ha conmovido hondamente; prosiga usted, me intereso en sus desgracias.

—No tengo más que añadir; señorita, mi presente es malo, pero mi porvenir es brillante.

—¿Y esos señores amigos de Fernando no lo protejen á usted?

—Yo no he buscado nunca más protección que la del trabajo, sólo el amor de usted me ha obligado hasta á pedir este frac, que desgraciadamente lo he manchado.

—Tiene un buen corazón, pensó la joven.

—Si yo fuera de esos parásitos que viven á costa de esos señores despilfarrados, sería otra mi suerte: sin ir más lejos, ese señor conde me distingue en su precio, con una sola de las sumas que gasta en sus locuras, tendría para vivir un año descansadamente.

—No había oído mentar al nieto del conde.

—Es muy conocido, dijo con inocencia Mondoñedo, sus aventuras son ruidosas, tiene un gran partido entre las damas, es duelista de profesión y siempre está de conquista.

El semblante de la joven se cubrió con una nube sombría.

—¿Cómo dice usted que se llama?

—Fernando Moncada.

—Bien, hablemos de nuestros asuntos.

—Sí, yo espero de usted una sola palabra de esperanza, eso me basta para ser feliz.

—Caballero, dijo Rosa, por ocurrencias que yo no puedo revelar á usted y le ruego no me pregunte jamás, me encuentro en esta casa al abrigo de este buen hombre que me guarda, pero mi familia es rica y distinguida: para que usted pueda alguna vez tener acceso en ella, es necesario que usted brille en el gran mundo y frise en la alta aristocracia.

—Señora, me pide usted un imposible.

—No lo es, toda vez que usted cuente conmigo.

Levantóse Mondoñedo con el rostro enrojecido por la vergüenza.

—Acaso, dijo con voz entrecortada, con mi franqueza he dado lugar á esta humillación.

—Siéntese usted, caballero, y escuche.

El estudiante obedeció.

—El misterio de mi posición me obliga á contar con una persona que me auxilie, es necesario que no me sea sospechosa, porque yo necesito saber cosas, que nadie puede decirme en este retiro; usted me ama.....

—Y estoy pronto á sacrificarme por usted

—Bien, las noticias que me son del todo necesarias, solamente usted podrá adquirirlas, Dios dirá del porvenir, si usted me sirve lealmente.

—Señora, la palabra de usted es irresistible, me constituyo desde hoy en esclavo de este cariño.

—Bien, Mondoñedo, desde hoy podrá usted rivalizar y yo le mando que lo haga, con lo más grande y lujoso de la aristocracia, estreche usted su amistad con ese conde de quien habla con tanto entusiasmo, acompañale siempre, sea usted su inseparable, y deme usted cuenta de todo lo que pase en ese mundo del brillo y del incienso.

Levántose la joven, acercóse al bufete, abrió uno de los secretos y sacó una cartera que entregó al estudiante á quien le parecía todo aquello un sueño de felicidad.

—Señora, dijo Mondoñedo con el alborozo de una profunda majadería, vea usted qué casualidad, la cabeza de San Juan Bautista es ni más ni menos la del nieto del conde del Jaral.

—Bien, bien, dijo la joven, y tendió la mano al estudiante, que la besó con respeto y salió medio loco del aposento de aquella mujer irresistible.

### III.

Luego que el colegial hubo desaparecido, la joven se encaró al cuadro de la Herodías y fijando una mirada de despecho en la cabeza del Bautista, tan parecida á la de su amante, dijo con acento terrible:

—¡Tengo celos!.....¡tengo celos!.....



## CAPITULO V.

DE COMO UNA EQUIVOCACION ELEVADA A LA CUARTA  
POTENCIA PUEDE COSTARLE A SU PROJIMO LA  
FRACTURA DE UNA COSTILLA.

### I.

Cerca de la garita del Niño Perdido hay una casita marcada con el número 17.

Este edificio por estar en los suburbios de la ciudad no tiene el mérito que realizaría en una de las calles del centro.

Un zaguán amplio da entrada á un patio dividido por rejas de palo, de un madesto jardín donde hay árboles seculares y flores hermosísimas.

De ahí se pasa á un llano que se extiende con algunas interrupciones hasta el triste y abandonado cementerio del Campo Florido.

La pared que cierra dos costados del jardín sostiene un corredor que da paso á las entradas principales de las piezas interiores.

En uno de los aposentos hay un escusado de armas, que no es un adorno sino el descanso de aquellos útiles de guerra cubiertos con el orin de los años, y cuyas armas brillaron en los campos revueltos de la insurgencia.

Una montura vieja con adornos de metal amarillo está puesta sobre un caballete, y en lo alto de un ropero se adivina tras de una caja de madera blanca la figura exigua de un gorro montado de época de los brigadieres.

Un catre de campaña, pero de campaña de 819, está en un rincón del aposento.

Todos los muebles y su colocación denuncian al viejo inválido, y eso sin haber reparado en un retrato al óleo detestablemente ejecutado.

La pintura representaba un joven teniente coronel vestido de riguroso uniforme.

Casaca azul sumamente ajustada, solapa verde, botón dorado, charreteras con canelones esponjados formando la figura de una tarántula y multitud de condecoraciones.

En cuanto á la figura del militar, diremos que el artista no había hecho jugar sombra alguna, pero sí recargado de ocre los cabellos y de rojo las mejillas y lacrimales de la víctima, es decir, del retrato.

Al frente de ese cuadro estaba otro aún más detestablemente pintado.

Era la imágen de una señora sonriendo con pretensión y con una mirada oblicua.

Una peineta de carey á la altura de un "metro" (como hoy se dice según el sistema decimal) se elevaba como un muro sobre la cabeza de la señora, y sus aretes de diamantes montados en estaño, caían hasta una especie de gola que el pintor había llenado de adornos y que hacía aparecer á la infeliz señora como metida en una funda de almohada.

Abajo de la pintura se leía en estos renglones:

"La señora Brigadiera doña Tomasa Riva de Neyra y Ximénez de Torre-Mellada, á su esposo en su cumple años, 1823"

El retrato del teniente coronel tenía también su inscripción.

"El comandante don Fernando de Torre-Mellada, servidor que fué del rey y después de S. M. I. Agustín I. 1821."

Aquello equivalía á una historia.

## II.

No tenemos necesidad de avisar al lector que se encuentra en la casa del veterano Torre-Mellada.

El viejo soldado está arrellanando en un sillón de baqueta y puesta su pierna de palo sobre un banquillo.

Fuma un puro costeño de á diez reales el ciento, que arroja un humo denso y un aroma de yerba seca.

En una mesa cuadrada de madera blanca está una vela de sebo sobre palmatoria de metal.

Una joven alegre y bulliciosa cose á la luz de aquella abominable vela, que espabila cada medio minuto.

Un viejo también retirado, hace la tertulia, y los dos amigos se complacen en referir sus chuscadas de cadetes y sus campañas de veteranos, mientras la joven finje coser y no despega los ojos del reloj de madera, cuya péndula suena como la del reloj de San Diego.

—Tenía yo un coronel decía Torre-Mellada, que consentía á la tropa de una manera horrible: una vez salía un soldado de una casuca con un gallo robado, el ladrón le ocultaba bajo el faldón de la levita; pero el animal era muy grande y dejaba ver sus patas con todo y espolones.

—¿Qué llevas ahí? preguntó el coronel al soldado?

—Señor, es una guitarra.

—Pues tápale las clavijas, respondió el coronel con la mayor seriedad del mundo.

—Ese hombre era de mi cuerda, mis soldados eran los niños consentidos, eso sí en tratándose de pelear, entraban como unos endiablados.

Las nueve sonaron pausadamente en el reloj de la sala.

—Me voy señor Torre-Mellada.

—Va usted á tomar una taza de té y una copita de catalán. Isabel, sírvenos algo.

La joven dejó la costura y fué á disponer el té y el catalán.

Luego que la joven hubo desaparecido, el amigo del inválido acercó su sillón, y dando una mirada recelosa en torno suyo dijo al soldado:

—Amigo Torre-Mellada, el negocio anda mal.

—Como que es día tres y no han dado la quincena.

—No es eso.

—¿Van á cambiar ministro de la guerra?

—Eso importaría muy poco,

—¿Entonces qué? ¡con mil diablos!

Es negocio que atañe á su familia.

—¡Con doscientos de á caballo, hable usted pronto! gritó el veterano dando un muletazo contra la mesa.

Si mete, usted ruido no hablo.

—Ya estoy callado con una carreta de satanases!

—Pues he visto rondar dos embozados por la calle, no hace mucho asomaron la cara por los cristales de la ventana estoy seguro que acechan.

—Voy á traer mis pistolas y al primero que asome las narices, se las vuelo de un balazo.

—Eso es violento amigo mío.

—Pues señor López que lo sea, yo no me dejo manosear los bijotes por nadie.

—Deben ser enamorados de Isabel.

—Razón de más, á mi hija nadie le hace cucamonas, por que lo descuartizo como esta luz que nos está alumbrando.

—Vea usted, vea usted, dijo en voz baja López, ya.....ya.

—¿Ya qué?

—Yo no.

—Vea usted amigo López, está usted esta noche insoporta-

ble, tome el té y lárguese antes de que arme una de Dios es Cristo.

—He visto hace un momento al joven de la ronda.

—Todo esto se quita con llamar á mi hija y no separarme de ella un momento: ¡Isabel! ¡Isabel!

## III.

Daban el toque de ánimas las campanas del Campo-Florido cuando llegaba un coche cerca de las bardas del cementerio.

El lugar no podía estar más en silencio.

Detúvose el carruaje á un costado del átrio.

Dos jóvenes bajaron después de media hora y se echaron á andar atravesando el llano y en dirección á la garita del Niño perdido.

—Está la noche obscurísima.

—Sí muy apropósito para el negocio.

—Donde el viejo husmee la trampa fracasamos.

—Se le han caído los dientes al viejo lobo, no hay cuidado. ¡Demonio de tierra, toda está empapada!

—Eso importaría muy poco si no tuviésemos encima la tormenta.

Efectivamente las nubes se iban condensando y los relámpagos comenzaban

—Por aquí, Carlos, por aquí.

—Ya iba yo en dirección á esa maldita zanja.

—Ya estamos cerca.

—Mira Luis, como tu no me dirijas, vamos á perder la pista.

—Esta es la puerta si no me engaño.

—Sí, ella es.

—Esperemos las nueve.

—Dan en este momento.

Hemos dicho que sonaba esa hora cuando Isabel dejó la sala prestando disponer el té para el compañero de su padre.

Dirigióse con precipitación á su aposento sacó una ropa, se la puso al brazo, envolvióse en un albornoz rojo, echóse la capucha y salió resuelta por la puerta del jardín.

Sin volver la cara y decidida á cualesquier lance abrió la puerta que conducía al llano, y dió una señal particular.

Dos embozados se aproximaron, y sin hablar una palabra le ofrecieron el brazo y se adelantaron violentamente hasta donde estaba el carruaje.

—Hemos llegado con felicidad, dijo Isabel.

—Así parece respondió Carlos.

—¿No se ofrece algo?

—No, dijo la joven sino que partamos lo más pronto posible.

El coche llevado por la velocidad de los caballos desapareció entre la obscura sombra de la noche.

## IV.

Felipe Cuevas, historiógrafo de la estudiantina, había seguido á Torre-Mellada, luego que terminó el gran jurado.

El viejo empezó á andar calles y el estudiante á seguirlo dándole caza.

—Este zorro tiene la guarida muy lejos, decía Cuevas á uno de sus acompañantes llamado González.

—Me parece que vive en el Pedregal.

—Pues entónces que enamore á su hija el guarda-caminos.

—Dicen que es hermosísima.

—Eso vamos á ver, una ocasión me puse á seguir.....

—Por su puesto, dijo González que toda la aventura va á pasar en los Estados Unidos.

—Cabalmente dijo Cuevas sin desconcertarse todo aconteció en la Quinta Avenida.

—Adelante.

—Pues como decía.....

—Pero el señor Torre-Mellada la lleva larga.

—Decía yo.....

—Ya hemos atravesado las calles de San Juan y ahora nos embaula en la plazuela, ¡demonio con este diablo cojuelo!

—Decía pués, que iba en seguimiento de una tapada, andando como un desesperado, cuando.....

—Se ha detenido un poco el viejo junto al acueducto, descansemos también nosotros, que ya sacamos la lengua de cansancio.

—Pues continúo.

—Querido Cuevas, yo quiero algo de historia mexicana, ya la de los Estados Unidos me tiene reventado.

—Está bien, te has perdido de una cosa buena.

El inválido continuó calle adelante.

—Debemos estar cerca de la casa y, la razón es clara; si este hombre vive en un edificio tiene que detenerse en la calle siguiente, por que lo demás es llano y camino real.

Efectivamente, el veterano recorrió la calle del Niño Perdidó, y ya cerca de la garita se encontró en la casa que ya conocen nuestros lectores.

Acercáronse los estudiantes y vieron asomada á una de las rejas, una muchacha simpática, de ojos de fuego, labios encarnados y frescas mejillas.

Tenía una bata de muselina azul perfectamente entallada, y una cruz de azabache al cuello con una cinta del color del vestido.

Felipe Cuevas y González, se situaron en el zaguán de frente y comenzaron á hacerle señas y telégrafos.

La muchacha se reía á dos carrillos.

--Adelanto que es una gloria, decía Cuevas.

--Estás de conquista, amigo mío la chica se ríe de los dos que es un gusto.

--Caballero, distingamos, se ríe conmigo y al mismo tiempo se burla de tí.

--¿Y por qué no lo tomas por el contrario?

--Se amplía lo favorable y se restringe lo odioso.

--Eso será en la cátedra, aquí la verdad es que estamos en ridículo.

--No lo creo, te voy á contar una historia muy parecida á este lance.

--Mira, Cuevas, es mejor que no me lo cuentes.

--Está bien, pero entre paréntesis te prohibo acompañarme á esta aventurilla; temo que se truequen los papeles y la hija de Torre-Medalla se enamore de tí.

--Me basta esa confesión, te dejo el campo.

Desde entonces el estudiante rondaba día y noche las ventanas de Isabel, sabía como se llamaba, le escribía cartas y versos copiados de Espronceda, llenos de fuego y de entusiasmo.

Le arrojaba flores por la ventana, y á veces se permitía el lujo de pegar una peseta al italiano del "organito" para dar una serenata á la jovencilla.

Andaba Cuevas tan poco atinado, que escujo el organo que tenía entre su repertorio "Los Cangrejos."

Luego que el viejo reaccionario escuchó la sonata salió á la ventana y dijo tantos horrores y blasfemias, que el italiano se fué con la música á otra parte.

Hemos dicho que Cuevas rondaba la calle; pero dejaba al descubierto el flanco que daba á los llanos del Campo Florido, por donde Isabel daba citas á su novio.

¡Pobre estudiantel mientras él dirijía con una entonación trágica estos versos que había robado de un álbum:

"Felice tú que en el paterno nido  
Yaces tranquila en apacible sueño,"

La muchacha saltaba del nido y se pasaba las horas en sabrosa plática de amores.

## V.

Á la hora precisamente en que Isabel abandonaba aquel "paterno nido" que tan dulcemente cantaba Felipe Cuevas, éste se hallaba gastando las piedras del embanquetado con sus pasos.

El viejo Torre-Mellada gritaba desesperadamente á su hija que ya no podía oírle.

Alarmado con la tardanza de Isabel, paróse el veterano, recorrió las piezas todas de la casa, asomóse al corredor, gritó con más fuerza aún, llamando á su hija hasta convencerse de su desaparición.

--Todita á su madre! dijo el veterano y tomando su sombrero y envolviéndose en su capa salió á la calle hecho una centella.

Lo primero con que dió fué con el estudiante que estaba encaramado en la reja de la ventana.

--Aquí está el bribón, dijo, y le plantó un muletazo tan fuerte que le fracturó una costilla.

--Muerto soy! exclamó Felipe Cuevas, y cayó el desgraciado sobre las losas.

--Señor Torre-Mellada, dijo López, si este hombre se hubiera robado á Isabel no estaría acechándola desde la calle.

--Tiene usted razón, y luego volviéndose á Cuevas que se quejaba espantosamente, le dijo: usted me dispense, me he equivocado.

--Maldito seas tú y toda tu casa, viejo estúpido! exclamó Felipe que había escuchado lo del rapto; uno se sopla la dama y yo recibo la paliza.

--Esta historia sí que no ha pasado en Nueva York, dijo González cargando con su desgraciado amigo á su zaquizamí de la calle de la Merced.

